

SOMOS UN SONAR SIN LÍMITE Y SOLO SONAR.
NO PODEMOS, PUES, TENER IDEA
DE LO QUE SEA UN NO-SONAR

Todo cuando es y hay es un sentir y es lo que cada uno de nosotros ha sido siempre y continuadamente. ¿De dónde pueda ser un no-sentir, una sensibilidad, tomar noción alguna de lo que sólo existe lo que es suceso, un tiempo sin sucesos, pues sólo hay, ¿sensibilidad? Nuestra eternidad, un infinito estado en nuestra sensibilidad es certísimo.

Pero se me dirá que hay sueños que cesan, que se tornan tan rebeldes que nunca los recobramos: hay los que se ocultan, las ocultaciones de los que quizás existen pero que no veremos ni reconoceremos más.

Esas ocultaciones sólo existen para un Soñar hesitante: hay sueños que reclaman para volver la plenitud de nuestra alma, decisión de soñarlos.

¡Quién sabe en esta debilidad de soñar cuántas veces hemos despedido el ensueño de los que vuelven, hemos descreído, negado la visita plena y entera que nos brindaba alguien que Volvería de la Ocultación!¹

¹ Cf.: "Majestad", en "Miscelánea".

A LOS LECTORES QUE PADECERÍAN SI IGNORASEN
LO QUE LA NOVELA CUENTA

(En que se observa que los lectores salteados son, lo mismo, lectores completos. Y también, que cuando se inaugura como aquí sucede la literatura saltada, deben leer corrido si son cautos y desean continuarse como lectores salteados. Al par, el autor descubre sorprendido que aunque literato saltado, le gusta tanto como a los otros que lo lean seguido, y para persuadir a ello al lector ha encontrado ese buen argumento de que aquéllos leen todo al fin y es ocioso saltar y desencuadernar, pues le mortifica que llegue a decirse: "La he leído a ratos y a trechos; muy buena la novelita, pero algo inconexa, mucho trunco en ella".)

No te pido, lector saltado —inconfeso de leer del todo y que no dejarás de leer toda mi novela, con lo que la numeración de páginas vana para ti habrá sido desatada en vano por ti, pues en la obra en que el lector será por fin leído, *Biografía del lector*, sábase que se dirá lo que, desconcertante, le ocurrió al saltado con un libro tan zanjeado que no hubo recurso sino leerlo seguido para mantener desunida la lectura, pues la obra saltaba antes —, disculpa por presentarte un libro inseguido que como tal es una interrupción para ti que te interrumpes solo y tan incómodo estás con el trastorno traídote por mis prólogos en que el autor saltado te hacia figurarte y soñar sobresaltado que eras lector continuo hasta dudar de la inveterada identidad del yo saltante.

Si has de leer del todo, como pronostico, no andes probando de mi novela aquí y allá para ver: si ya está, si le falta azúcar o fuego; e hicieras mejor cual mi dueño de casa que, "sólo para probar", como dice mansamente a la cocinera, se ata servilleta y se da cuchillo y tenedor.¹ Te he hecho lector seguido

¹ "Postre muy probado es mejor pero no llega al comedor." "Quedarse

gracias a una obra de prefacios y títulos tan sueltos que has sido por fin encuadrado en la continuidad inesperada de tu leer.

Ahora no podré más tenerte contento. Te he adelantado ya todas las postergaciones que logré combinar: no tengo más prólogo hasta después de la novela. Cuánto me oprime el empeño artístico en que me he comprometido; aún no tengo ni comprensión verdadera de la teoría de la novela, ni estética ni plan de la mía.¹

Y bien, en cuanto al punto del título de este prólogo, es decir en cuanto al lector molestado por no saber todo de la novela:

Es cierto que "el Viajero entonces pronunció algunas palabras que desde esta novela no se oyeron y saludando *se alejó*" (suelen hacerlo los viajeros). Mi novela saludó también pero quedó muy mortificada de que aún a ella uno de sus personajes no le dejara leer todo. Ella es curiosa de lo que va a contar, lectora suya, o más bien de su narrativa, como es inherente al Arte (por el Arte, al Arte) que se ama, a lo que se escribe sin saber lo que sucederá y habrá que escribir más adelante descubriendo dócilmente y resolviendo cada situación, cada problema de suceso o de expresión. Soy un autor que desespéro de mi novela cuando tardó en proseguir una escena. Está enamorada (y la Eterna no lo está) de sí misma (tampoco de sí misma lo está la Eterna: en un desinteresamiento de sí, inmenso de belleza y que me llena de dolor y reverencia, desoye el pedido que cada día le hago de que se ame; ¿es que ni ella ni yo debemos amarnos ni amar, o es que un error supremo desor-

en la cocina es, en la mesa, convidado y ausencia." "Comensal invisible pero aprovechado."

Refranes de mi ingenio para molestar al lector saltado que ande diciendo que pudo leer a medias mi novela, dejar de leer la mitad saltada, lo que nadie resistirá a hacer con mi muy quedada y precedida novela. Lo tengo tan dominado a mi lector saltado, que será el único de su género que habrá leído lo saltado.

¹ No faltan obras más difíciles que la mía: es decir, las hay que faltan. Sin embargo, desde esta mañana estoy sintiendo el canto de peinar de Maruca y ahora a la tarde me parece que está concluyendo las dos cosas: no siempre lo difícil queda sin hacer.

de la visión que ella tiene de sí y de la altura a que se halla de su destino? Yo no estoy incierto; clarísimo es, Eterna, que estamos en la pasión; que tú no quieras que exista, no admities ni como posible en el tramo actual de tu vida; y no obstante amas el Arte, sin amarte a ti) y es novela a la que le ocurren precances y aventuras, indecisiones de arte, extraviarse en él, callar, ignorar; mientras se está contando sucesos es arrollada por otros, contiene accidentes y sufre accidentes, como vemos ahora en los tranvías que interiormente llevan dibujos-avisos de cómo un transeúnte es atropellado, mientras su miriñaque reparte exteriormente choques y sustos. Es curiosa de sí misma, como esos chicos disfrazados que gritan "¡Ahí vienen más curas!" y las siguen extasiados. Lo que en ellos ha sido disfrazado es que eran como chicos ante todo público. El andar disfrazado es en ellos absolutamente un disfraz: el de ser máscara. Yo, el autor, soy principalmente público aun ahora en la publicidad. Mucho busco y me falta de saber y vivir pues aún hay un vivir que quisiera experimentar aunque creo saber ya: que la finalidad del Arte es el fin de la vida, de lo individual de ella: la Tragedia-Idilio que es el Amor, y éste es hecho de Beldad por la Muerte que hace en el amor tanto la tragedia como el idilio, pues la certeza, en el camino, de la destrucción personal de los amantes (también la tienen los que no aman que teniendo muerte no tienen Beldad de vida, asunto de individualidad), exalta, hace el amor como a su tragedia. La muerte sólo es de amor; la que hay es sólo la de otro, su ocultación, pues para sí no hay ocultación. Pero mucho me falta saber del amor en ejercicio, de cómo se alimenta emocionalmente su sed cotidiana, de su delicado e inaplacable comercio. Y de su presentación por el Arte.

Así, pues, a medida que escribo, indago y espero sucesos, como el lector. Y cuando pienso en el lector saltado, advierto que debo imaginar qué corresponde darle a sentir al Viajero después de lo que acababa de ocurrir, para deducir qué es lo probable que dijo y no se oyó. Lo que haya dicho será lo que yo os diga. No es improbable que él haya articulado "Soy Viajero en Novela, en un relato en marcha: no debo, pues, detenerme, y en esta escena ya demasiado estuve. Que el lector me vea alcanzando el tren o zarpando en todo momento;

ha de verme partir tantas veces que no me conozca el estar y aún tema me salga de la novela en el arranque de una partida".

En realidad el Viajero estaba concluyendo de quedarse cuando al divisar al lector se alejó. En el intervalo, en el momento que faltaba para concluir, se le dio las ganas de estar, sobrevino el nunca intempestivo lector. Creo que éste se hallará satisfecho con la frase que doy, como si acabara de saberla, poniéndola en la boca del Viajero: es todo lo que pensó, de lo cual algo dijo y nada se oyó.

Dejo completado el pasaje y así cumple a mi novela que prometió contarle todo, aun lo no sabido, haciéndolo a veces en ella, a veces fuera de ella, a cuyo efecto le he arreglado estas afueras amplias de mis prólogos. Cada vez me gana más simpatía este personaje cuya llegada se espera siempre a la narrativa. Las palabras que le atribuyo muestran que ante todo preocupábase cumplir conmigo, con su papel, sacrificando sus gustos que son el de que le oigan todo lo que dice, y el de quedar, pues como tal y muy práctico me fue recomendado y por escasez de personal se le dio el de viajar siempre; han sido tantos los apuros de preparación de esta obra que hasta las demoras de regresar, de llegar, de contestar, de tomar una resolución, que figuran en todo el relato y tanto lo precipitan, hemos tenido que hacerlas apuradas. Así le hemos dado el rol de irse siempre en el libro, a un personaje que por quedarse se quedaría sin nada. Esta frustración de las vocaciones es tan verdadera en la vida que en una novela que no quiere contener verdad alguna, nos aflige la referencia.

Si alguna imperfección halla todavía el lector en el pasaje subsanado, en la explicación presente pídele apreciar la tranquilidad de la lectura que hasta esta página le he resguardado con mis esfuerzos que en ese momento culminaban para no dejar entrar en la novela al Chico del largo palo, quien no se haría rogar para incomodar todo empezando por dejarlo caer sobre algún pasaje apacible de este relato y esgrimiendo siempre esa larga catástrofe por todo el lugar escénico trocado en pista de su tirantillo y despejado al punto de su aparición por todos mis personajes. Se tiraría al fin en el sofá y observando nuestro ceño: ¿me dejan de cuando en cuando golpearlo? preguntará moderadamente señalando el palo, os pedirá disculpa

por no haber llegado antes y permiso luego para irse, como si hiciera mucha falta, anduviera muy solicitado con muchos compromisos de estorbar en otra parte; después de nuestro permiso se quedará igualmente, corregirá la posición de algún cuadro colgado que su palo conmovió. Os iréis entretanto, pues generalmente cuando él se va ya no hay nadie, quién sabe por qué coincidencia.

Su estar confusiona y un genuino no estar suyo no se ha conseguido en el planeta. Su no estar es todavía demasiado cerca. Lugares donde no esté, muy solicitados, no se consiguen ni de los revendedores de su ausencia, y aún se duda de que tenga ausencia. Y se iría también él con tal velocidad como si unirse veloz fuera más irse y satisficiera disminuyendo el haber estado y lo agostara tanto que lo quedado terminara mucho antes. Su "lejos" no dura nada, y de lo aguantado de él se está levantando una estadística. Le falta aprender un quedarse rápido que todos quisieran inventar y enseñárselo; su retirada no es irse ya sino un irse todavía. Y aún se conoce un contuso atropellado por su ausencia. Es la presencia más ocupadora.

Su brusco partir no lo condenamos como tan intempestivo cual su estar; seamos indulgentes: debe atribuirse a que "de golpe" ha pensado que hay en el pueblo una pared de la cual todavía no se ha caído y corre a ocuparla en dejarse caer. El mundo padece de tenerlo cerca y no tiene bastante lugar de donde echarlo. Pero él ha encontrado nuevo espacio en ese doblez del mundo que es la fantasía de una novela. Yo reflexiono que si lo dejó entrar en la mía se sospechará que me valgo de él para estorbar la lectura de alguna página imperfecta. Además sé que no entrando, o donde no está, se porta bien. Por eso mi propaganda dice: "única novela donde no se deja entrar al muchacho del largo palo", "es la novela del muchacho tenido lejos".

Conveniría a una novela que quiera público —la mía se aburre conmigo, quisiera que lleguen visitantes o salir a conversar, le gustaría ser leída— empezar su narrativa por un choque o una buena frenada. El público se junta al punto en tal número que ya quisieran algunos libros tener el de una frenada común.

Yo desde que soy autor con envidia le cuento el público a

los choques. A veces sueño que la novela tuvo en ciertos pasajes tal agolpamiento de lectores que obstruían la marcha de la trama con riesgo de que los trances y catástrofes del interior del libro aparecieran en la delantera de él, entre los atropellados. Ustedes comprenderán que si la novela se hubiera parado un instante, habría al punto insertado un nuevo prólogo en el hueco así producido en la narración. Y haría ese prólogo dignamente, es decir, con tanto decorado por lo menos de barullo, apuro, denuestos, órdenes, corridas, timbres, frenos, guardas, inspectores y el vigilante que viene a leer el accidente frente a la ventanilla de la pasajera que lee mi novela, en fin, con tal suma de homenajes en torno a la inverosimilitud del hecho, que disimularía enteramente, como lo consiguen las "Compañías", que nunca admiten verosimilitud de los percances tranviarios, una inmovilidad tan luego en la locomoción narrativa. Además, sacaría el brazo por el postigo de mi novela como señal para que no me choquen las novelas que siguen a la mía. No se entretenga el lector con el vigilante mencionado; no es el nuestro; el de la novela está parado en otra esquina de ella.

Despidámonos del muchacho añadiendo que si tiene ausencia es ésta tan rolda que su primer llegar ya es frecuente y como 5ª edición de presencia.

NUEVO PRÓLOGO A MI PERSONA DE AUTOR

Soy el imaginador de una cosa: la no-muerte; y la trabajo artísticamente por la trocación del yo, la derrota de la estabilidad de cada uno en su yo.

Varias son las personas trabajadas, es decir, tentadas de trocar, en toda obra mía: Ella, Eterna, William James, Deunamor y el Autor. La irracionalidad del autor y de su identidad se intentó en mi humorística.¹

"Ella" es la más fuerte descentración: ahí y en "La Eterna" trabajo contradictoriamente su descentración: no la menor, de ser un viviente en lugar de otro, o un soñado en lugar de otro, sino la máxima, de ser a imagen, de ser y parecer no ser real, y viceversa. En Eterna hay también plena descentración, porque es quien con el poder de cambiar el pasado a otros (Dulce-Persona llegará suplicante de cambiar su pasado pues es quien lo tiene más desventurado), no posee el de cambiar el suyo correlativo al tiempo del no conocerse con el Presidente. Deunamor es la suspensión, la cesura de la identidad, y Dulce-Persona la expectativa de ser. Está hacia el ser, pobrecita.

Hágome el mérito de haber vivido construyendo la metafísica de un todo-amante, sin interesarme en hacer la mía: tal como yo soy no merezco ni explicación, ni eternidad; no merezco ni a Ella, ni una metafísica; Ella y ésta las merece Deunamor.

Es muy sutil, muy paciente, el trabajo de quitar el yo, de desacomodar interiores, identidades. Sólo he logrado en toda mi obra escrita ocho o diez momentos en que, creo, dos o tres

¹ La doctrina está incluida en "Para una teoría del Arte", en "Teorías", y el ejercicio en "Papeles de Recienvenido" y "Continuación de la Nada". (N. del E.)

El género de lo nunca habido, el de tan frecuente invocación, lo sin precedentes, será estrenado, pues él mismo nunca existió, nunca hubo lo nunca habido, en el corriente año y como es justo en Buenos Aires, la primera ciudad del mundo viniendo del campo inmediato, la única ciudad que se presta para conclusión de una vuelta al mundo empezada en ella y lo mismo para concluir las empezadas dondequiera, como lo han descubierto sucesivamente varios inexorables circundantes terráneos, con vuelta al mundo anunciada partiendo de Berlín o de Río de Janeiro, que se consumó, sin ostentación indiscreta para este tramo, queda y quedamente con desprecio de todo lo demás de andar, en las calles, tranvías y empleos públicos de Buenos Aires, con casita, casamiento, prole, lo que tiene tanta redondez y heroísmo como la ejecución del furioso anuncio de dar toda la vuelta.

La humanidad pondrá por fin sus ojos en lo no visto, en una muestra de lo nunca habido; no será un puente de no mojarse, una frialdad conyugal, una guerra religiosa entre gente sin religión, u otras cosas no vistas. Se verá realmente lo nunca visto, no se trata de fantasía, es otra cosa: el primer caso del género será en novela. La publicaré próximamente, pues ya han dicho admirados los críticos de manuscritos, "es novela que nunca antes se ha escrito". Y ahora tampoco, pero falta poco.

Tal colección de sucesos se encerrará dentro de ella que no dejará casi nada para el suceder en las calles, domicilios y plazas, y los diarios faltos de acontecimientos tendrán que conformarse con citarla: "en la novela de la Eterna ayer a media tarde se produjo el siguiente coloquio"; "se encuentra esta mañana sonriente la Dulce-Persona"; "el Presidente de la No-vela, reportado en vista de los rumores circulantes entre sus numerosos lectores, se sirvió manifestarnos que positivamente

lanzará hoy su plan de histerización de Buenos Aires y con-quistista humorística de nuestra población para su salvación es-tética".

"Después del capítulo V de la Novela podemos asegurar que no es por Nec (No-Existente-Caballero) por quien Dulce-Per-sona tiene triste hoy su existencia." "La Novela enviará esta noche su orquesta de solistas —seis guitarras— a ejecutar va-rias polifonías en obsequio de las orquestas de los bares Ideal, Sibarita y Real, para que oigan música. El Polígrafo del Si-lencio con eruditos gestos explicará el propósito, y circulará entre el personal de las orquestas escuchantes la bandejita sin fondo de la gratuidad haciendo sonar las moneditas del agra-decimiento. El público funcionará también en armonía de contento, como orquesta de escuchar, trocando luego por un momento sus instrumentos de llamar al mozo por instrumentos de aplaudir, palmotear."

Esta novela que fue y será futurista hasta que se escriba, como lo es su autor, que hasta hoy no ha escrito página alguna futura y aun ha dejado para lo futuro el ser futurista en prueba de su entusiasmo por serlo efectivamente cuanto antes —sin caer en la trampa de ser un futurista de en seguida como los que adoptaron el futurismo, sin comprenderlo, en tiempo pre-sente— y por eso se le ha declarado el novelista que tiene más porvenir, todo por hacer, apresuramiento genial suyo que nace de haber pensado que con el progreso de todas las velocidades la posteridad no se ha quedado atrás; llega hoy más pronto sobre todo la que olvida, se ha hecho contemporánea y ya está, para cada obra, en la última edición periodística del día de aparición. Todos morimos ya juzgados por ella, libro y autor, hechos clásicos o enterrados en el día, mientras todavía nos estábamos recomendando a la posteridad quejosos del pre-sente. Y todo esto se hace con bastante justicia hoy en 24 horas. La antigua posteridad con todo el tiempo que se to-maba para pensarlo consagró multitud de nulidades como glo-riosos artistas; hay más equidad y sesudez en un cronista del día de hoy: la solemnidad huera y los moralismos fueron el soborno barato y eficaz con la posteridad hasta ayer nacida. Yo buscaré confiado el juicio de la posteridad universal acerca de mi novela en la última edición de *Crítica* y *La Razón* del

30 de septiembre de 1929, día de su aparición inpostergable, pues ya he consumido todas las postergaciones por promesa y las más literarias por prólogos.

El consagrado futuro literato que no cree en, ni estima, otra posteridad que la noche para cada día, no habrá sentido la urgencia que padecían antes los autores de escribir pronto para tener pronto posteridad juzgante: con la velocidad alcanzada hoy por la posteridad el artista le sobrevive y al día siguiente sabe si debe o no escribir mejor o si ya lo ha hecho tan bien que debe contenerse en la perfección de escribir. O si ya no le queda más carrera literaria que la más difícil, la del lector. La facilidad actual de escribir hace la escasez de lo leíble y hasta ha suprimido la injuriosa necesidad de que haya lectores: se escribe por fruición de arte y a lo sumo para conocer opinión de la crítica. Sinceramente, es hermoso este cambio, es arte por el arte y arte para la crítica, que es nuevamente arte por el arte. El horrible arte y las acumulaciones de gloria del pasado, que existirán siempre, se deben: al sonido de los idiomas y a la existencia del público; sin ese sonido quedará el sólo camino de pensar y crear; sin público la calamidad recitadora no ahogará el arte. La literatura tendría sólo arte, y mucha más obra bella: tres o cuatro Cervantes, Quijote puramente, sin los cuentos, Quevedo humorista y poeta de la pasión sin la oratoria moralista, varios Gómez de la Serna. Libres del horror de un Calderón, príncipe del falsete, que es el no sentir, y éste es todo el mal gusto, de un Góngora, a veces, de los "estos Fabio, ¡ay dolor!", tendríamos tres Heines del sarcasmo y las tristezas, o D'Annunzio de la poetización sin límites de la pasión. Tendríamos felizmente sólo un primer acto del Fausto y, en compensación, varios Poe, varias Bovary con su triste dolor de apetito sin amor, desdenable y cruento, y ese otro absurdo lacerante: la lírica de dolor de Hamlet que con vence y contagia simpatía, pese a la falsa psicología de su causa. Libres del realismo científico de Ibsen, víctima de Zola, y este magnífico artista a su vez desmantelado por sociología y teoría de la herencia y patología, en lugar de la docena de obras maestras poseeríamos cien, de verdad de arte, intrínseca, no de copia de realidad. Y típicamente literarias, de

Prosa, no de didáctica, ni de palabra musicada (metro, rima, sonoridad) ni de pintura escrita, descripciones.

Publico aquí un prólogo de tal novela, pues espero hacer obra tan garantida que personajes, sucesos, chistes, comprueben toda su seriedad en ensayos especiales; y hasta el publicarla sea ensayo, anterior al lector. ¡Pero seguido de éste!

Ensayo el siguiente prólogo. Y también una palabra alemana nueva en español que he consultado con Xul Solar en su taller: "Idiomas en compostura". Es un adjetivo compuesto, pero nuevo, no como los botines compuestos.

Al "por - todos - nosotros - artistas - servido - de - ensueños" Lector.

Al "tan - soñado" Lector; Al "que - el- autor - sueña - que - lee - sus - sueños" Lector.

Al "que - el - arte - escritor - quiere - real - más solo - real - lector - de sueños" Lector.

A "lo - único - real - que - el - arte - quiere" el lector de sueños.

A "lo - menos - real, el - que - sueña - sueños - de- otro, - y - más fuerte - en realidad, - pues - no - la - pierde - aunque - no - lo - dejan - soñar - sino - sólo - re - soñar" Lector.

Creo haber individualizado a quien me dirijo: al lector, y haberle conseguido la adjetivación total de su ser, después de tanta fragmentaria, y algunas falsas. "Querido" lector no adjetiva a éste sino al autor, etcétera.

La adjetivación arriba leída —de lo no leído que contendrá el libro hablo provechosamente antes de la novela; pues lo más, aquí, es antes de *todo* y a éste le dejo poco; por medio de prólogos tengo la fineza de privilegiar a los lectores con el conocimiento de todo el libro, lo que sólo mis lectores han encontrado en un autor abnegado — la doy al público para pasarla en seguida al taller lingüístico del singular artista Xul Solar, que la hará definitivamente una palabra. Y, ya en la cuarta edición, mi salutación al lector, que hoy me perdonará, será despallada.

Salud, lector. Qué tristes somos en libros y fuera. Yo, el más nombrado y mejor identificado de los desconocidos, me veo en apuros de Obras Completas, para empezar, de modo

que todo el porvenir, toda mi carrera literaria será posterior, en mi caso, a dichas Obras; sólo porque el público no se ha parado a esperarme para darme nombre de un gran desconocido y ahora tengo que merecerlo, componiéndome de golpe un pasado de autor y poder luego comenzar a escribir. Esta situación nueva en vida de escritores, ¿no será adversa al éxito?

Si tienes una pena igual a la mía, tú que me has leído antes que escribiera, yo no la tengo. He concluido mis Obras Completas. En mi satisfacción, incapaz momentáneamente de comprender penas, puedo darte la esencia de una larga experiencia en arte, recogida en la construcción de mi presente Obra Completa.

Libre sin límite sea el arte y todo lo que le sea anejo, sus letras, sus títulos, el vivir de sus cultores. Tragedia o Humorismo o Fantasía nada deben sufrir de un Pasado director ni copiar de una Realidad Presente y todo debe incesantemente jugar, derogar.

Es axiomático error definir el arte por copias: la vida la comprendo sin copias; una situación nueva, un carácter nuevo encontrado en el vivir, sería eternamente incomprensible si las copias fueran necesarias. Efectividad de autor es sólo de Invención.

Dejo hecho el título solamente, pues:

Un prólogo que empieza en seguida es gran descuido: el proceder que es su perfume se le pierde, como el futurismo que se practica genuinamente sólo dejándolo para más tarde —dije.

Dire así, antes, que se trata de uno de los veintinueve prólogos de una novela impropiable según recién ahora me lo previno un crítico nacido seguramente en el tranquilo país del "avisar después"; según otro, más simpático, es decir, más alagador, escasa de prólogos, lo que aún puede remediarse, que se iba a llamar "El hombre que será Presidente y no lo fue".¹

¹ Este "Hombre que será Presidente" (en la novela) y que no lo fue (en la historia ¿dónde acaso quiso serlo?) se vincula a una posible acción político-fantástica aludida en notas a "Para una teoría del Estado", en "Teorías". (N. del E.)

Equivalente a:

"Buenos Aires histerizado entre el bando hilarante y el enterneciente, salvado por el compadrito divino, es decir, que unía la pasión al humorismo". Pero el título que ha quedado para "la novela dejada empezar", que por empezar tarde no empieza menos, y el lector deseará si la lee que estuviera hecha toda de seguir, es: "Novela de la Eterna, y de la Niña de dolor, la Dulce-Persona, de - un - amor que no fue sabido".

Este último es el título que ha gustado a un señor que comenzó a leerlo y prometió volver en seguida para terminar de saber cómo se llama la novela.

La única novela contada toda y que, sin embargo, no contiene nada además, aunque el envío de contarlo todo lleva a más contar y el de leer los cuentos árabes me arrastró en la adolescencia, por ignorar que eran sólo 1001, a seguir leyéndolos después de concluidos: se me avisó muy tarde que lo que leía era después de terminado y así continué devorando cuentos que encontré abundantes en la Moral, la Historia; cuentos del Progreso, la abnegación de los políticos, los religiosos, los pagandistas de cualquier cosa desinteresada, la felicidad del bueno, el arrepentimiento del malo, la concordancia última entre conveniencia individual y general, o Utilitarismo, el orden del Universo y otros milagros de la abundante "fe" de los hombres de ciencia, ¡tan exigentes con los milagros populares!

Novela con dos comienzos, según preferencias.

Con mucho dolor y entusiasmos, pero ninguna muerte, sino la palabra Fin que se escribe lejos, mucho después que se habrá terminado de leer el título y una sola vez, aunque bien la precisan los prólogos (no todos, pero algunos hasta terminan), y aun el título, cuando concluye: he suprimido Fin del título, Fin del prólogo, para mostrar cuán poco de su existencia le debe la novela a la muerte —ni a la vida (verdad, realismo)—.

Con dos casi imposibles casi resueltos: cómo contar lo *último* y qué hacer con una risa equivocada: cómo reponerse airoso después de haber reído una tragedia por no haber advertido el título y confundirlo con una comedia.

Con una única interrupción de lectura y de narrativa para

que Dulce-Persona se vistiera y entretanto el lector no tuviera pretexto para leer, que es su modo de mirar.

Con veintinueve prólogos de no dejarla empezar. Con tres tiempos matemáticos nuevos, exclusivos de ella, de su "tiempo de novela" nunca marcado en narrativas y novelas hasta hoy, como si no fluyera y huyera tiempo en los sucesos fantásticos. Dichos tiempos son: el de la cortesía portaña que no despacha o dice no a nadie sin darle tiempo "hasta el nuevo tango" para que busque otro empleo o se enmiende; el intervalo (de suelo) entre dos caídas del príncipe de Gales; es muy simpático este príncipe agrimensur, que se ha ganado este título midiendo trechos cortos con el largo de su real persona, mas espero que el lector saltado no se sentirá reforzado en sus inclinaciones vagarosas de leer por el ejemplo de ese ilustre cabalgar saltado; en fin, el tiempo mínimo: el que queda ahora para ser el primer sobretodo o la primera gripe de este invierno, o midiendo bajo otra unidad este tiempo: el de salvar a un sombrero negro, olvidado en un asiento negro de silla, del visitante recién llegado que se aproxima, o si se quiere: los cinco minutos del film en que todo el personal de Hollywood ha de correr, atropellarse para convertir en felicidad —casamiento, beso, revelación del falso virtuoso— a todas las desdichas de dos horas de cinta.

Con personajes de las tres edades, marcadas por el Olvido: aquélla en que olvidamos el cigarrillo encendido en la boquilla nueva de papá en la pieza de la mucama; aquélla ya avanzada de olvidar un pan sobre un pulido escritorio; y la ya desesperada en que olvidamos todo, incluso la edad, y hasta un sombrero en una sopera, suceso horrible. (Predominará aquélla en que se sube a saltos las escaleras, se enreda el último barrilete o la última línea de pescar, y aparece el primer billar y la primera noche de olvidar las llaves de volver a casa.) Con el dolor de la niña, cuyo hermoso amor no fue sabido.

Y las firmezas de ventura de Deunamor el No - Existente - Caballero.

Todo lo cual surtió de confusiones indecibles —mas por lo esforzado de la Novela esta vez se dicen— al empleado bancario que no sabía si era genio.

Terminados los prólogos la novela súbitamente principia,

comenzando sorpresivamente por "Una novela ejecutiva, salida a la calle", insertándose apresuradamente al punto el total de la extensa "Novela impedida" y concluyendo, con todo lo más que el autor sabía en "De qué llorar", capítulo que os procurará de qué llorar, y la imposible muerte del "Hombre que fingía vivir", presenciada sólo por el peluquero que simulaba estar despierto y viendo, aunque durmiera como siempre en ese instante, cuyo maldito dormir no obsta a que todo venga a saberse y contarse, sin decirse, empero, nada que no esté en el libro, de afuera de la novela, ni impide a ésta que tenga la formalidad de un Fin, en el mismo punto en que lo tienen todas, en el punto de quedarse el volumen sin decir nada, lo que hace dudar de que todo se haya dicho. Aseguramos que pocas veces una novela sólo prometida, aun las que por concluir han sido más ensalzadas, es tan concluida como la nuestra, escrita del todo antes del fin y no dejando a la vista ningún seguir.

Novela, en fin, segura de salir, pues ha sido vuelta a prometer tres veces en cumplimiento de la primera promesa que hice de ella. No contiene ni viajes ni olvidos de seguir: ambas cosas son pretextos para dejar sin personajes al lector aparentando que los hechos del relato no pueden adelantar si varios protagonistas no parten para Londres o simplemente olvidándose durante páginas enteras de escribir la novela, debiendo el lector esperar a que vuelvan aquéllos o que los olvidos se golpeen la frente con una mano y entonces se acuerden. Es por esto que ya dije o diré que no aceptamos entre los personajes a la cocinera que quería licencia para atender botones y tapas de cacerola que no se derramaran y fondos de arroz con leche que no se quemaran.

ceptos y el público escuchó todo, lo que jamás ha principiado a ocurrir en ninguna inauguración, aniversario, día de premios del colegio o de estatuta que estrenan. Los públicos de mi novela no volverán a abrir la boca por apellidos de calles. En fin, los editores me previenen que si ceso de redactar al comprador de mi novela en el delicado instante de la inestable decisión de empezar a comprar la proximidad de un ejemplar, será indigno de los mil pesos gastados en pegar en las paredes seguridades sobre la "Mejor novela del mundo desde su principio y el de ella".

A LAS PUERTAS DE LA NOVELA (Anticipación de relato)

Cómo librarse, un verdadero artista novelista, del lector de desenlaces. Receta contra esta calaña lectora.

De Personajes descartados puede hacerse una lista; de Lectores sólo un género descarto: el lector de desenlaces; con el procedimiento de dar sustanciado todo el relato y final anticipadamente ya no se le verá más por aquí.

Mi táctica de novelista es: personajes sólo entrevistas, pero que tan bueno tienen lo que llega a saberles el Lector que se graban por la irritación letriz que entre amarlos por delicados y quedar insaciados por conocimiento incompleto o "saber a medias", obran en su memoria dos fijadores nemónicos (no hay memoria sin afectividad, sea irritación o ternura) y quedarán inolvidables. Esta explicación previa a la novela hará que el lector no se preocupe por no entender las imperfecciones; leerá cómodamente así y lo trunco u oscuro no lo atarearán en entenderlo.

El autor debe advertir al lector, cándida, inicialmente: "Ésta es una novela que va a ser así:

Un señor de cierta edad, el Presidente, en un paraje de nuestro país, va reuniendo a todas las personas que en sus excursiones fuera de su casa se le hacen simpáticas, y quieren vivir con él.

Esta tertulia de la amistad se prolonga un tiempo feliz, pero el huésped no lo es: incita a sus amigos a entrar en una Acción.

La Acción se cumple con éxito pero él continúa infeliz.

Concluida la acción se separan, y con otros detalles y sucesos no se sabe más de nadie.

La esencia de este relato consiste, pues, lector, en que iniciándose con un gran esfuerzo, para probarse en la vocación de la alegría, y partiendo su movimiento del perenne descontento del Presidente que no se siente satisfecho con la vida de amistad en la Estancia, pugna por entrar en la acción, y

alcanzada plenamente cae en la desilusión de la acción y en el afán de ser feliz por el amor, habiendo antes de formar su grupo de amistad en la Estancia tenido desdén por la Amistad, Acción y Amor y única vocación por la meditación del Misterio.

Antes y después de la narrativa de la novela, lo que dominó en él fue la meditación metafísica, que lo hizo fracasar en la Amistad, en la alegría de la Acción y en la plenitud del Amor.

El único que en esta novela tiene el diablo en el cuerpo es así el Presidente; sucesivamente se queda corto en todo: amor, metafísica, amistad, acción; es profundo en el Misterio, mucho ama a la Eterna, luego busca la amistad; insatisfecho decide la Acción; descontento otra vez y sugestionador siempre, después de noches de deliberar y sufrir invita a la dispersión para siempre a los acompañantes que hizo felices, ilustró y llenó de problemas durante años de vida en comunidad. Para no encontrarse más, deliberadamente, los unidos felices y apartados tristes, para nunca saber uno de otro fortunas, desdichas, finales. Ésta que es la Muerte Académica es una decisión no insensata para los sin Fe —que somos casi todos. Ciertamente mejor fuera: unidos y con Fe.

Con estas vacilaciones, el gran personaje Presidente impone a esta novela una redacción y disposición deshilvanada, pero el desenlace de muerte académica le da grandeza y el ensayo previo de los personajes muestra un respeto al público lector por primera vez cumplido por un autor: no habrá más dramas y novelas sino con previa maniobra de personajes a vista del lector.

Finalizando, el presidente autor termina también en dos descontentos: se le impone en tal grado la personalidad de la Eterna que no es capaz de trabajar su poder evocativo en dirección a lo que habría sido el augusto sentimiento de la Eterna en la Despedida y la incógnita de su destino ulterior. Y asimismo el autor, tan artista como se cree, no puede imaginar ni mencionar cómo seres de tanta inocencia y cariño —Dulce-Persona y Quizagenio— se arrancaran de compañía por la dispersión resuelta.

En suma: queda indescrito el Final de la novela medio-escrita del mejor de los semi-novelistas.

Si una novela como la así sintetizada cree usted que tenga probabilidades de gustarle, léala. Y permítame que yo ejerza de artista mientras la lee, pues esa novela puede agradarle sin tener nada de artístico y ningún valor para mí. Pero me será útil para que yo ejerza sobre su espíritu el único operar artístico. Usted sentirá oscuramente primero y después claramente la emoción artística, lo que yo he querido suscitar.

El lector que no lee mi novela si primero no la sabe toda es mi lector, ése es artista, porque el que busca leyendo la solución final, busca lo que el arte no debe dar, tiene un interés de lo vital, no un estado de la conciencia: sólo el que no busca una solución es el lector artista⁷.

o quizá la sola casualidad de que en esa ciudad —y esto facilitó mucho la tarea de recolectar los chicos—, los papás eran más grandes que los chiquitines. Antes de que Federico hubiera definido en sus reflexiones sobre los determinantes del final mercantil acaecido, si la perturbación Stinnes, la guerra del petróleo, etcétera, fue la causante o se necesitaban todas, comienza nuevas operaciones individuales como secretario o apuntador de Dios, para anotar y recordar a Este todos los “si Dios quiere” referentes a lavados de patio “para el día siguiente” que formulan en las casas modestas las señoras y muchachas cuando en el día se sintieron ya mortificadas a no poder más por las postergaciones que han dejado amontonarse, de baldear los pisos: “mañana si Dios quiere lavamos los pisos”, “mañana si Dios quiere, lavo mi pieza”. Se venía observando y calculando que cada día Dios se olvidaba de querer unos treinta mil lavados de pisos postergados en todo el mundo. Habrá también que recordar los “mañana si Dios quiere acomodamos el ropero grande”; otros treinta mil. Lo cierto es que Federico se encuentra en la tierra por lo menos desde esta mañana, a la entrada de mi novela, y no hay que preguntarle si también estos negocios con Dios acabaron mal por aburrimiento y paga morosa. Los Dioses son viejos y taimados, por tanto, más sabe el Diablo o Dios, que es lo mismo, por viejo que por diablo.

Pero hay aún algo que no puede callarse un instante más: la ida y vuelta de Federico alrededor del mundo. Digamos por lo menos que fue lentísima: partió al tiempo de removerse los labios y acercarse los párpados pálidos de la Eterna para un sonreír animador de la ingenuidad del Presidente y volvió cuando esa sonrisa se escondía porque el Presidente había pasado de la imposibilidad de candor a la imposibilidad de enfurruñamiento y tomábase de las ropas de la Eterna en signo de querer “irse al ropero”, o sea a castigo.

Con lo que queda Federico presentado y entrado en prólogos.

AL LECTOR DE VIDRIERA

Una larga experiencia de principiante de polígrafo, prevenida de muy aprobado silencio, ese versado callar que todo lo abarca y a todos gusta, todo-callar enciclopédico, me hizo sospechar la frágil contextura del Lector, mas no es tanta su fugacidad que, al menos, los Títulos y Tapas dejen de alcanzarlo. De tal reflexión nació mi innovación: los títulos-textos. Así quiero explicar la lentitud del título de la novela.

Como la circulación de tapas y títulos es merced a las vidrieras, quioscos y avisos, la ideal, el Lector de Tapa, Lector de Puerta - Lector Mínimo, o Lector No-conseguido, tropezaré por fin aquí con el autor que lo tuvo en cuenta, con el autor de la tapa-libro, de los Títulos-Obra. Y considero que “El lector alcanzado” debe ser el título del Título que estamos presentando de nuestra novela, pues un primer suceso ya ocurre en su tapa donde Lector-mínimo es redondamente alcanzado por lo único que mequinamente han leído los librereros: la carátula, lo único que para el mayor número de los libros se edita de ellos; realmente, la Posteridad, que todos adulan y nadie ha conocido de presente, lo reconocerá.

Los números de domingo de *La Nación* y *La Prensa* quizá me han sugerido las tapas-texto que son una especie de números del domingo de las tapas y día de fiesta de los títulos, pues aquéllos a pesar de lo largos que son están escritos. Como también he observado, después de mucho creer que tales números no terminaban —y esto les aviso a los que siempre hojean esos diarios, todos los cuales creen también como yo que no terminan— que esos números del domingo concluyen: hay que haber tenido un domingo tan desesperado como yo cierta vez en que los leí íntegramente, para salir del error de creerlos infinitos, creencia en infinito que ninguna persona reflexiva debe tener para ninguna cosa.

nes, proposición del presidente norteamericano Wilson para una Liga de las Naciones). (N. del E.)

Quedan pues evidenciados origen y designio de mi inauguración de los títulos-lectura, para aprovechar la mayor circulación que la vidriera procura a la tapa sobre el bulto interior del libro, circulada luego por ese circulador de fósforo encendido y prestador de fuego al otro cigarrillo, que tenemos, muy cordial también, en lo literario: el prestador de libro que, uno solo, si consigue pensión del "Fomento del Libro" y longevidad de los tónicos (éstos son la religión que nos queda, además de las dos religiones argentinas: la fe de que quien va al Paraguay volverá con un loro y la de que con un queso Tafi se vuelve del Norte, o no nos creen regresados; de allá no se puede traer de vuelta — son otras aves — filósofos, como lo pueden aprovechando la baratura de todo en Europa, los caballeros y damas ricas argentinos que van en gira y traen de paso) hace edición a un ejemplar solo, y parece que el agotamiento de venta no hubiera empezado por comprador, tan lejos lo deja e invisible hace a éste el largo trayecto de la circulación prestada. Se calcula cien lectores de tapa por uno de libro; títulos-texto y tapas-libro no erran lector; son la única esperanza de un gran radio de acción de la brillante Literatura, las más de las veces, la guardada y secreta Literatura, recatos que no la contentan.

Prevengo empero a los que se retiran por haber concluido de leer mi título que mi libro sigue después, que no pertenece al género de los facsímiles en madera que simulan bibliotecas repletas. Así que si el lector no sigue leyendo yo no tengo la culpa de no habérselo advertido. Ya es tarde para encontrarnos aquí el autor que no escribe con el lector que no lee: ahora escribo decididamente.

DOS PERSONAJES DESECHADOS

En una novela tan ordenada el lector debe conocer a los personajes. Y han de dárseles clasificados.

Los nuestros son:

Personajes efectivos: Eterna, Presidente.

Personajes frágiles, por vocación de vida, porque creen que serán felices: Quizagenio, Dulce-Persona.

Personaje de la Inexistencia (con presencia): Deunamor.

Personaje perfecto, por genuina vocación, contento de ser personaje: Simple.

Personaje de Fin de Capítulo: el Viajero.

Personaje de la Ausencia, o la Ausencia personaje: El

Hombre que fingía vivir.

Personaje relámpago y teórico: Metafísico.

Personaje Impedido y Candidato a Personaje: Federico, el Chico del Largo Palo.

Personaje Ignorado (única celebridad que se contiene en la Novela).

Personaje con el ser de ser esperado: Amada de Deunamor.

Personajes por absurdo: el lector y el autor.

Personajes desechados ab initio: Pedro Corto y Nicolasa Moreno.

No pasean, pues, por mi novela, ni Pedro Corto, que quería leerla primero para figurar en ella — sólo es admisible en lectores que algunos no quieran empezar a leerla si no se les dice antes todo lo que ella contendrá — y que exigió que la obra terminara antes de que se enfriaran unas tortas, recién compradas en el momento en que la narrativa comenzaba; yo creo que su exclusión queda justificada sin hacerme pasible de inculpaciones de avaricia en el número de los personajes;

Saben ellos que estoy contentísimo con su desempeño, pero ruegan que esto lo diga antes de la novela y no espere a su conclusión. Es, aunque no lo manifesten, porque me saben competente para concluir prólogos y me creen poco para acabar novela. Viéndome en el último prólogo sin cumplir lo prometido, me han rodeado sin salida todos unidos. Ya estaría empezada la novela si no fuera por esta exigencia, que origina un nuevo prólogo.

Pero si reconozco que se han conducido admirablemente, por ejemplo el Viajero, a quien he tenido siempre junto a mí y en la novela no ha cesado de viajar, repartiendo su olor a cuero de valija por todos los capítulos, se debe reconocer que yo, por mi parte, he correspondido con lealtad a su dócil carácter; así, aunque mis escaseces eran asombrosas mientras escribía mi gran novela, no he vendido ni empeñado a ningún personaje. ¿Cuánto me hubieran dado por el Presidente? ¿O por el que hace de millonario con Rolls-Royce? Por la vida y felicidad de Dulce-Persona todos se brindaban a darse en empeño, pero entre todos hallamos cómo evitar uno y otro mal, y si bien he soportado molestias por no desprenderme de ellos por unas semanas, la novela no se ha frustrado por esta causa.

Personajes y autor están mutuamente contentos y se prevé un banquete al conjunto.

Todos los personajes —y los lectores que se han anunciado— me previnieron que la irrupción del Chico del largo palo en la novela, sería juzgada por ellos como un “chichón de lectura” en la frente del leer, singular metáfora que creo de intención enojadiza; es como si una caña o palo pudiera causar “chichones” a la operación de leer, o como si una lectura acerca de bananas ocasionara resbalones. Comprendo la advertencia si procede de padres de familia incapaces de conseguir en su casa lo que yo logro en la novela: que no la anden chicos, librase de chicuelos, mantenerlos fuera, y acuden por descanso a quien les proporcionó una lectura no andada por rapazuelos; me significan que cuando toman en manos un libro ha de ser una novela que los chicuelos no la tomen por escalera, pa-recita, cornisa o rama de higuera, que les sirva subirlas para venirse abajo, conservarse aporreados y renovar hinchaduras y chichones; y tomar altura para caerse y autenticar diferencias de nivel deliciosamente previstas por la naturaleza que permiten a los jovencitos estar siempre abajo cuando los ven y arriba o cayendo en toda otra circunstancia, y no decaer en punto a golpes, pues descuidando renovarlos empieza la vejez.

Construyamos una espiral tan retorcida que canse al viento andar su interior, y de ella salga mareado olvidando su rumbo; construyamos una novela así que por una buena vez no sea clara, fiel copia realista. O el Arte está de más, o nada tiene que ver con la Realidad; sólo así es él real, así como los elementos de la Realidad no son copias unos de otros.

Todo el realismo en arte parece nacido de la casualidad de que en el mundo hay materias espejeantes; entonces a los dependientes de tiendas se les ocurrió la Literatura, es decir confeccionar copias. Y lo que se llama Arte parece la obra de un vendedor de espejos llegado a la obsesión, que se introduce en las casas presionando a todos para que pongan su misión en espejos, no en cosas. En cuántos momentos de nuestra vida hay escenas, tramas, caracteres; la obra de arte-espejo se dice realista e intercepta nuestra mirada a la realidad interponiendo una copia.

El Arte empieza sólo al otro lado de la veridicidad, justa laboriosidad de la ciencia e intruso desgarrado en arte. Que nuestros personajes no sepan si se los trajo a "La Novela" o a la novela. Yo quiero saber qué es lo que fingen los actores escénicos. ¿Fingen que son personas y no personajes, que imitan hombre y no viven? A ellos les está sucediendo su vivir personal; cualquiera sea su "papel" no son personajes de papel, escritos. Que mis personajes no se parezcan ni a las personas ni a los "actores", que les baste el encanto de ser "personajes".

EL PRESIDENTE Y LA MUERTE

El Presidente buscó para la felicidad a sus acompañantes, pero luego de un algo de ella en la Amistad profundamente poseída y en la Acción acertada y jocunda más el retorno alegórico al hogar de la novela con la felicidad a la vista y recobrada, su impulso de enfermo les impuso la despedida que robándoles la dicha sólo los eximió de la desgarradura inevitable de verse todos morir (terrenalmente, pues cuenta en su pro el Presidente haberles inculcado, serenándolos para siempre, su "Metafísica sin Muerte").

Sólo por no haber Muerte en esta novela mía es dichoso el autor, aunque, con mucha sorpresa para él, ha resultado tan triste. (No tanto como el Quijote, la obra más espontánea, más imprevisiblemente pesimista, también para su autor, de toda la Literatura; el Quijote es más triste que esta pasajera mía; en el Quijote involuntariamente, creo, se sancionan el fracaso del Viviente: su Efemeridad, y el de la Inocencia: la Justicia; en esta mía sólo la Felicidad, no la Personalidad o Eternidad, fracasa.)

El Presidente resiste el adiós ante la Nada, ante la ocultación eterna de las existencias. (Aunque sabe también que aún más dura es la presencia de los cuerpos ausente el amor que hubo: el Olvido.) Piensa además el Presidente, con la mente tal vez en Deunamor, que si después de haber estado viendo a la amada no ocurre un gran nuevo suceso, la veremos siempre y con igual sensibilidad que cuando la veíamos antes de "morir" porque sin nuevos sucesos no hay olvido, porque no es el Tiempo — que nada es — sino los nuevos sucesos los que debilitan las imágenes de lo pasado. Podría ser una fórmula para olvidar: sustraerse a nuevos sucesos importantes cuando se nos obliga a dejar de ver a la amada.

En fin, cree el Presidente en la eternidad con memoria

Personal, con memoria de individualidad, de todo lo que fue "persona" una vez.

Se sabe que además de sus deberes generales en esta novela tiene el autor —que a veces es y a veces no es el Presidente— dos diferentes deberes de metafísico: uno con la Eterna: demostrarle y convencerla de la nihilidad de la Nada, o sea de la Muerte, porque para quienes tienen ya el Amor todo su asunto es el porvenir y su posibilidad de cesación; otro con Dulce-Persona: demostrarle y convencerla de la nihilidad del Pasado, donde tuvo su mayor humillación y dolor, liberándola de la franja del haber sido real que acompaña a cierta escena de tortura que hay que aniquilar como imagen sida para convertirla en imagen sin esa franja, o sea imagen de fantasía, de mera irrealidad.

Pero ¿cuál es la angustia metafísica *personal* del Presidente? Él no cree en la Muerte, pero no puede amar lo que se cree mortal, lo que no sabe que sea inmortal; se define sentimentalmente como el desastre del destino "que no puede amar a quien espera Morir". De allí que la desdicha de la Eterna (creerse mortal) es la desdicha del inmortalista Presidente (no poder amar lo mortal). Tal la metafísica del Presidente que encontramos entre sus papeles, concluida, con un punto final expreso.

Confío en que no tendré lector seguido. Sería el que puede causar mi fracaso y despojarme de la celebridad que más o menos zurdamente procuro escamotear para alguno de mis personajes. Y eso de fracasar es un lucimiento que no sienta a la edad.

Al lector salteado me acojo. He aquí que leíste toda mi novela sin saberlo, te tornaste lector seguido e insabido al contártelo todo dispersamente y antes de la novela. El lector salteado es el más expuesto conmigo a leer seguido.

Quise distraerte, no quise corregirte, porque al contrario eres el lector sabio, pues que practicas el entreleer que es lo que más fuerte impresión labra, conforme a mi teoría de que los personajes y los sucesos sólo insinuados, hábilmente truncos, son los que más quedan en la memoria.

Te dedico mi novela, Lector Salteado; me agradecerás una sensación nueva: el leer seguido. Al contrario, el lector seguido tendrá la sensación de una nueva manera de saltar: la de seguir al autor que salta.

Posprenotados útiles ocuparán aquí cuatro o cinco páginas en reemplazo de las mismas que, en blanco, no dicen nada en el tomo común de la "asendereada - estructura - tradicional - del - encuadernamiento - de - lo - literario" que han impuesto los Editores. Espero que el mío, mi Editor, no me sacará a la burla de todos insertando las cinco hojas en blanco —que doy aquí por reemplazadas— Y, seguidamente, la presente crítica a esa práctica. Si hay Crítica para lo escrito, yo hago la de lo en blanco; que así recibe publicidad de los editores y crítica de mí, todos los homenajes de lo escrito. Esas hojas blancas, textos de desdén a lo literario, son las páginas de autor con que se visten figuración de polígrafos en todo libro los nunca autores, los siempre inéditos editores.

Repudio como fraguadas todas las páginas blancas que se publiquen aquí, como originales de mi firma; en redondo las desconozco auténticas, aunque parcialmente contuvieran algún ingenio o pensamiento, y aun a veces alguna de ellas fuera hija de mi pluma en correlación con ciertos momentos de "en blanco" en mi mente, como quisiera algún editor hacerlo pensar.

Considérese que son: cuatro o cinco al comienzo del libro —el Editor comienza con lo suyo—; cuatro o cinco más después de Fin, como si fuera necesario que por lo menos en blanco la Novela continuara; varias entre capítulos; otra con el título de la obra; otra de repetición de la tapa; y todo abusado de márgenes —una veintena, pues, de páginas en que el autor no está publicando nada y el continuo lector nada ha comprado en la librería.

Observación del Editor: Se me permitirá el aserto respetuoso de que, en efecto, el gran novelista que estoy aquí editando y cuyas dotes de ingenio y fácil extensión de párrafos todo el público conoce desde lejos (con nuestra propaganda se acercará más) ha necesitado (no hablémos de dineros) a veces, cuando ya no podía más con su literatura, enviarnos entre sus manuscritos algunas páginas en blanco, foliadas seguidamente, de algún relato trunco, y hemos comprendido que nos tocaba hacer algo fuera de contrato.

La amistad abría los ojos viendo fantasmas; se les llenaron los ojos de fantasmas a los amigos; la mirada en vacío a la posición del Presidente. "¿Pero es posible, Presidente, que la amistad no baste?"

Mas ante la convicción del Presidente en la obra de supresión de la fealdad en Buenos Aires, todos estaban anhelosos de ser los conquistadores de la belleza y el misterio.

"Eran felices; pudieron ser felices"

— ¡Se rompió!

— ¡Hay otra igual, no lloréis!

— ¡Pero la Vida no es así! La amistad que hubimos límpida y contenta no volverá la misma.

— Presidente: Y un amor que una vez no pudo ser no podrá ser...

— Quizagenio: Mas en mí fue de primera vez y lo guardaré eterno, sin el de ella. ¿Qué es el "yo amado"? Una palabra; tendré por mío el amor de ella por él.

— Deunamor: En la vida. ¿Pero en la eternidad personal? El tiempo individual eterno es para todo Posible; sólo en cuanto al espacio y al tiempo hay lo imposible: estar y no estar al mismo tiempo en un punto; ocurrir y no ocurrir al mismo tiempo, es lo único imposible. En verdad no hay imposible sino lo contradictorio, es decir sin sentido. Amar y no amar es contradictorio, no amar hoy y amar mañana no lo es.

— Presidente: Me dais la eternidad y en ella la total posibilidad, y en ella mi identidad invariable. Mas no es tal identidad la de quien no puede amar a una perfecta amante y mañana lo puede. ¿Acaso no soy otro cuando siento lo que no sentía antes?

Pero Deunamor calló, por lo que alguien puede pensar: lo que más me gusta en "La Novela" es la discreción de inexistencia, el trato invisible e imposible con el No-Existente-Caballero.

CAPÍTULO IX

(En el tiempo entre dos expulsiones de Federico que se acerca veinte veces cada día a "La Novela" desierta.)

La Conquista de Buenos Aires

El Presidente seguía con atención desde tiempo atrás las noticias de la encarnizada discordia que fermentaba en Buenos Aires, por el antagonismo de los dos bandos en que se había dividido la población: Enternecientes e Hilarantes.

Cada uno de estos bandos buscaba dominar; uno con la poemática ultratierna y la invención de relatos apasionantes, y otro con una literatura y multiplicidad de ingeniosos dispositivos dispersos por la ciudad provocadores de grotesco.

Entre los recursos del Bando Hilarante, se recuerda el que impulsieron manu militari de hincar y retorcer los espejos de la ciudad, imaginación que se ordenó y ejecutó en veinticuatro horas y por la que estalló una verdadera crisis de histérico hilarante que acabó con todo el tránsito, el oficinismo, los negocios de Buenos Aires por una semana. (Recurso que se sospechó equivocadamente era urdido por el propio Presidente y explicaría sus frecuentes viajes y detenciones en la capital.)

La semana siguiente había sido dominada por los Enternecientes. Apoderados de todos los altoparlantes de la ciudad, hicieron repetir todo el día, unánimemente, el poema lacerante de una mujer de avanzada edad y de facciones muy desairadas, que con muy hermosa voz juvenil había enamorado a un joven ciego; cuya mujer, la tarde en que debía esperar la llegada de su novio a quien un genial cirujano acababa de lograr devolverle la vista, se suicida quemándose en una pira tan poderosamente preparada que redujo en instantes su rostro y su cuerpo a cenizas, en tanto el joven novio, creyendo que preparándose ansiosa a recibirlo con sus mejores vestiduras había ella perecido en un incendio casual, enloquecido se arroja del

balcón. Este relato verificado fue repetido por toda la población como desayuno, almuerzo, merienda y cena, con el resultado de que un niño hubiera podido apoderarse del gobierno de Buenos Aires al finalizar la semana enterneciente. Y en verdad, doblemente desdichada: mujer que no resistió verse contemplada con horror por el amado que creía en ella y la imaginaria tan bella: tal horror no habría sentido él nunca ni en ese primer momento porque un nacido ciego nada visual imagina y cuando ve no discierne belleza y fealdad quizá nunca, aparte del acostumbrarse.

(Tampoco entre los metafísicos faltaba la guerra civil: entre los Almistas, que querían que la Conciencia Humana llegue al Reflejamiento Tercero, y los Automatistas, que creían que la suprema sabiduría es el retorno a la Psíquica Zoológica.)

El Presidente meditaba sobre esta discordia ciudadana, y conociendo la inclinación a la tolerancia, al conciliado convivir que singulariza a las sociedades argentinas, exentas de terquedades, había cavilado largamente y por fin creído encontrar que esa exasperación inusitada de los porteños debía tener su germen psicológico, pero irreflexivo, en diversos señalados errores por Buenos Aires incurridos en el curso de los últimos treinta años, y quizás alguno bastante más allá, particularmente descuidos en la vigilancia de los gustos y prácticas de la estética de la convivencia civil.

También atribuía el Presidente parte del desencanto de la vida porteña, a la falta de realización de algún hecho histórico que habría decorado su pasado y se frustró.

Extirpada la Fealdad en su historia o en sus calles, reparada alguna injusticia histórica o demasía del entusiasmo ciudadano, la lucha entre ambos bandos desaparecería y Buenos Aires quedaría eternamente conquistada para la Belleza y el Misterio.

Fue así que el Presidente llegó a Buenos Aires con su diminita pero eficiente hueste, y con el plan de convocar a los corifeos de ambos bandos y convencerlos de que su actuación tan disonante con el modo de Buenos Aires no podría sino constituir el fruto de un impulso o sugestión o causa que ellos mismos ignoraran.

Y Enternecientes e Hilarantes comprendieron la esterilidad

de su disputa y la fecundidad de obra bella que esperaba el esfuerzo común.

¿Cómo ocurrió? ¡Por milagro de novela! (Milagros más abstrusos, como el de concepciones virginales, han hecho vivir de lo incomprendido a la humanidad, por siglos. Como más tarde lo sumo de no ser comprendido por nadie ha hecho célebre, por las loas de los que no lo comprendieron, a algún filósofo. Más milagro es el de estas glorias que los modestos, útiles milagros de que se vale la novela.) Y por diversos recursos sutiles y amenos de desesperación o encantamiento de la población de Buenos Aires, hasta tornarla dócil a la hueste presidencial. Así: pasear en las salas de los bares, entre los olores alcohólicos y tabáquicos, una hirviente olla de un gran puchero múltiple y sabroso que desparrrama el perfume hogareño, enternecedor, de sus vapores, operando el desmontamiento del humor de orgía; el riego imperfecto de los árboles de plazas y veredas, dejando algunos sin regar, lo que desespere a quienes miran regar; la mujer que anda preguntando a todo el mundo si tiene la cara más ancha que larga; los espejos fijos y delgados que no alcanzan más que para la mitad lateral de la cara; máquinas fotográficas automáticas y distribuidas disimuladamente; la circulación subvencionada de gordos y sordos que estorban en todas partes; todo el mundo gritando a sordos y viendo a gordos discutir con el guarda del ómnibus: "Sí, señor, yo paso de los noventa kilos, traiga la balanza", y atarearse a causa de un decreto municipal de gratuidad de pasaje a los noventa kilos, previa toma de peso; el chirrido de corchos froitados sobre botellas (ejercicio predilecto de Quizagenio); el sombrero al revés, la corbata desarreglada...

Entre tantos recursos, ejercitados indistintamente por toda la compañía del Presidente, uno singular ideó y ejecutó la Eterna: hacer transcurrir por calles de Buenos Aires, de un extremo a otro, a un mensajero con una lámpara encendida, para que la llevara a un artista que en ese momento carecía de luz y estaba sentado a su escritorio lleno de inspiración.

Y quizá este mensajero se cruzó con otro que el bromista de Quizagenio lanzó a través de la ciudad: un trombonista que por una parte tenía paralizada la respiración y por la otra, en

una mano parálitica también, llevaba encendida y apretada entre los dedos una vela que no podía apagar soplando, ni soltarla; y que con súplica gesticulada de que alguien la extinguiera para no quemarse recorrió muchas cuerdas y finalizó chamuscándose los dedos, como se lo había anunciado Quizagenio, que quiso hacerle creer en el asombroso egoísmo de toda la población, de la que nadie se ofreció a apagar su vela; con lo cual se propuso jugarle una mala broma al prestigio de fraternidad o de benevolencia de la población, cuando en realidad esa actitud negativa se debía al recelo en los transeúntes, de tratarse de un chiste, el miedo porteño a la cachada.

En fin, compitiendo con Quizagenio en el despliegue de las bromas conquistadoras, la Dulce-Persona hizo averiguar cuál era el hombre de Buenos Aires más incapaz de manipular máquinas y a la vez más miope, y le mandó de regalo una radio en exaltado funcionamiento, dotada de un cierre muy complicado y diminuto, lo que hizo del al principio *obsequio* una calamidad final, ya que el pobre hombre no sabía cómo librarse del aparato para dormir o descansar, porque aunque miope y torpe era agradecido y gentil y no podía hacerlo callar de un martillazo; sufrió, además, la rebeldía de la casa de pensión en que vivía.

Todavía recuerdo los cuentos apopléticos hechos circular cada medianoche; llamadas telefónicas electrizadas; imanes poderosos distribuidos subrepticamente, que atraían invenciblemente todo lo metálico que llevan encima hombres y mujeres; y los sobres-cartas, es decir cartas escritas en los sobres repartidas en todos los asientos de tranvías y ómnibus con premio al que acertara si era un sobre con carta o una carta sin sobre. (El sobre-carta resucitaba una propaganda del autor iniciada ocho o diez años atrás, que se proponía lo mismo que el actual intento de conquista de Buenos Aires: dotar a Buenos Aires de misterio, que nunca tuvo.)

¿Cómo la población no iba a salir a la plaza pidiendo un Presidente Quitadolor de tantas exasperaciones?

El idealismo de la Conquista podrá imaginarse fácilmente pensando en las pocas acciones que parece obligado recordar; e hízose así a la ciudad de Buenos Aires accesible a toda be-

lleza, borradas todas las faces y vestigios de fealdad del vivir porteño.

A varios hechos del pasado ocurrido se les fulminó de inexistencia valiéndose del hechizo de la Eterna que desata pasados y ata nuevos pasados sustituyentes. (Por eso veis a veces pálida a la Eterna y notáis que no puede pronunciar las enes de las sílabas finales en "on". Cuando dice "pasíom", "salom", han ocurrido las únicas manifestaciones alteradas que se le conocen, y esa alteración acontece únicamente cuando ha cumplido en la noche la inmensa fatiga mental de nulificar un pasado, y, más aún, la de inventarle otro contentador a algún ser de historia dolorosa.)

Entre esos hechos están: el fusilamiento de Dorrego; el martirio de Camila O'Gorman; el destino de Irma Avegno¹; la exposición de las plumas de cierto escritor a la adoración del público porteño, del inteligente y modesto público de Buenos Aires; la publicación de las cartas de cierta emperatriz que eran de tan bello sentimiento como fue torpe violar su intimidad.

Un hecho que no ocurrió, por magia de novela se tornó existente: la presidencia argentina ejercida por Carlos Pellegrini, el más interesante tipo de presidente, ya que sin presidente parece que no sabemos respirar. Interesante porque al menos era hombre sin comedia, y habríamos experimentado si sin comedia se puede gobernar.

Se cumplió la belleza de la no-Historia; se suprimieron los homenajes a capitanes, generales, abogados, gobernadores, en los que no se recuerda el nombre de ninguna magnífica obra de madre, ninguna gracia fantástica de niño, ni suicidio sin luz de joven atontado por la vida; se dejó su muerte a los muertos y se habló sólo de lo viviente: la sopita, el mantel, el sofá, la lumbré, el remedio feo, los zapatos, la escalerita, el nido, la higuera, el pino, el oro, la nube, el perro, ¡Prontol, las rosas, el sombrero, la risa, las violetas, el tero (qué más hermoso que aprovechar la habilidad de los niños para hablar de Alegría);

¹ Borrado el rastro de los pasos de esta mujer —irrevocablemente desengañada de la piedad humana— en busca de la muerte voluntaria por calles de Buenos Aires y caminos de los suburbios.

plazas y parques con los nombres de las máximas vivencias humanas, sin apellidos; calles de la Novia, el Recuerdo, el Infante, el Retiro, la Esperanza, el Silencio, la Paz, la Vida y la Muerte, los Milagros, las Horas, la Noche, el Pensamiento, Juventud, Rumor, Pechos, Alegría, Sombra, Ojos, Paciencia, Amor, Misterio, Maternidad, Alma.

Se deportaron todas las estatuas que enlutan las plazas, y su lugar quedó ocupado por las mejores rosas; únicamente se substituyó la de José de San Martín por una simbolización del "Dar e Irse". En fin, en la ciudad presentista algo hizo al tiempo no transcuriente, como la historia, sino un Presente fluido, con memoria solo de lo que vuelve cotidianamente a ser, no de lo que no se repite, como los aniversarios. Por eso el almanaque de la ciudad tiene 365 días de un solo nombre: "Hoy", y la avenida principal se llama también "Hoy".

Y muchas más pequeñas cosas se cumplieron, cuyas pequeñas tristezas pueden ser el horror de la vida, por ejemplo lo regateado: la copita a medio llenar, o la lamparita de luz ahorrada, o la corbata dada vuelta, o las flores artificiales en los sepulcros.

Al ver el vecindario de Buenos Aires cumplido este plan de depuración de la cultura, de su pasado reciente, la salud civil se restableció por sí sola. Todos los afiliados a la salud hilarante-enterneciente se despertaron una mañana preguntándose cómo habían podido jamás vivir una vida de idea fija y de contienda tan banal y descabellada.

Y el Misterio quedó brindado al revelar el Presidente, concludida la Conquista, el hecho más singular de ciudad alguna, de que fue único testigo sabiente. Pues he aquí que en un día del año 1938 y dentro de un período de mero vivir, de frivolidad, al ocurrir que el cuerpo de Alfonsina Storni tocó las aguas de la muerte la ciudad se desplazó sobre su eje girando su perímetro unos centímetros. El Presidente, perplejo aún al ignorar si ese esguince urbano fue un clamante "no mueras" o una, aunque dolida, aprobación a una temida y triste declinación de vivir, sabe que gracias a ese hecho, a la sensibilidad de la sede de una ciudad al instante de la muerte de una alma soñadora, Buenos Aires entró al Misterio.

A la misma hora de la mañana siguiente, vueltos el Presidente y su hueste a la estancia de "La Novela", se daban los buenos días. Pero el Presidente volvió por la noche a Buenos Aires y yo sé a qué. A asignar a las dos Plazas Centrales los nombres de "Ciudad sin Muerte" y "De los Hombres No-Idénticos"; estas denominaciones se completaban en un enlace de una Plaza con la otra. (Lo no-idéntico está exento de muerte.)¹

Gracias a tales remedios y esperanzas, y a la Muerte Cachadora inventada por la Eterna, y al Chiste-Risa Resucitante creado por el Humorista, Buenos Aires quedó bendecida.

¹ Quizás alguno encuentre poco lucida la tan prometida Conquista de Buenos Aires para la Belleza y el Misterio. Es que era inevitable: lo imperfecto, trunco, y quizá insípido de una obra que sólo fue pensada como una curación, por la Acción sin Objeto, de un estado de depresión y desorientación del hombre que la ideó. Si este capítulo de la Conquista el autor lo hubiera realizado lozana y graciosamente, hubiera falsado la psicología de esa Acción. Por lo demás, a mi incrédulo y listo lector lo satisfaré confesando que el capítulo es simplemente la obra de un autor en agotamiento, que no da más.

Pese a cuya confesión no puedo evitar verificar 63 bajas de lectores exigentes de una estilística impecable.

—Todo lo han concluido; probados los personajes, retoman al vivir ilusionado en la estancia.

—Pero no volvió por entero la alegría. Se inquietan con la inquietud del Presicar la lid obstinada y larga en que se destroza

El plan es sofocar la lid obstinada y larga en que se destroza Buenos Aires entre el Bando Hilarante y el Bando Enterneciente, enceguecida discordia que el Presidente juzga engendrada por haberse consentido en muchos años el reinado de la Fealdad en ella.

El Presidente y los suyos dominarán la contienda y extirparán la fealdad civil.

—Así se hace y se logra, todo por milagro de novela.

—Saciedad triste de una obra triunfante que erróneamente se creyó devolvería la dicha a los habitantes de "La Novela".

Fue real la dicha en la Amistad que les dio el Presidente sin hacerse sentir, delicadamente, pero el desdichado sombras que él era necesitó la Acción; más tarde, descontento otra vez, los invitará a la dispersión, a la muerte simulada.

El fue desdichado por no ser lo que debió ser, sólo Pensador, e hizo la desdicha de la Eterna que fue lo que debió ser. Y ello obliga a ser escritor y lector de lo triste.

—Las espaldas, curvas del dolor sin Muerte, se desvanecen en la distancia.

AL QUE QUIERA ESCRIBIR ESTA NOVELA

(Prólogo final.)

Lo dejo libro abierto: será acaso el primer "libro abierto" en la historia literaria, es decir que el autor, descansando que fuera mejor o siquiera bueno y convencido de que por su destrozada estructura es una temeraria torpeza con el lector, pero también de que es rico en sugerencias, deja autorizado a todo escritor futuro de impulso y circunstancias que favorezcan un intenso trabajo, para corregirlo y editarlo libremente, con o sin mencción de mi obra y nombre. No será poco el trabajo. Suprima, enmiende, cambie, pero, si acaso, que algo quede.

En esta oportunidad insisto en que la verdadera ejecución de mi teoría novelística sólo podría cumplirse escribiendo la novela de varias personas que se juntan para leer otra, de manera que ellas, lectores-personajes, lectores de la otra novela personajes de ésta, se perfilaran incesantemente como personas existentes, no "personajes", por contrachoque con las figuras e imágenes de la novela por ellos mismos leída.

Tal trama de personajes leídos y leyentes con personajes sólo leídos, desarrollada sistemáticamente cumpliría una uniforme constante exigencia de la doctrina. Trama de doble novela.

Dígoles para confesar que mi libro está muy lejos de la fórmula de la belarte de personajes por la palabra. Queda también esto, pues, como "empresa abierta".

Dejo así dados la teoría perfecta de la novela, una imperfecta pieza de ejecución de ella y un perfecto plan de su ejecución.

Nótese que hay una verdadera posibilidad en el adosamiento de la doble trama, por el que obtendría mediante una alquimia concienical una asunción de vida para el personaje-lector, con vigorización de la nada existencial del personaje-leído, que es mucho más personaje por ello, que acentúa su franco no ser con un énfasis de inexistencia que lo purifica y

enaltece lejos de toda promiscuidad con lo real; y al propio tiempo repercute la asunción de existencia del personaje leyente en el lector real, que por contrafigura con el personaje se desdibuja de existencia él mismo.

Este confusioismo deliberado es probablemente de una fecondidad concienzial liberadora; labor de genuina artísticidad; artificiosidad fecunda para la conciencia en su efecto de fragilizar la noción y certeza de ser, de la que procede la universal intimidación de la igualmente absurda y vacua noción verbal del no-ser. No hay más que un no-ser: el del personaje, el de la fantasía, el de lo imaginado. El imaginador no conocerá nunca el no ser.

INDICE

MUSEO DE LA NOVELA DE LA ETERNA	7
DEDICATORIA A MI PERSONAJE LA ETERNA	9
PROLOGOS	
Lo que nace y lo que muere	11
Prólogo a la eternidad	13
Perspectiva	14
Prólogo a mi persona de autor	16
Andando	17
El autor también habla	19
A los críticos	22
Carta a los críticos	23
Presentación para la Eterna	25
Hogar de la no existencia	26
Somos un soñar sin límite... ..	28
A los lectores que padecerían si ignorasen lo que la novela cuenta	29
Nuevo prólogo a mi persona de autor	35
Prólogo que cree saber algo... ..	39
Novela de los personajes	42
Prólogo a lo nunca visto	44
Salutación	52
Otro deseo de saludar	64
Cómo ha sido posible, al fin, la novela perfecta	57
Deunamor	59
Un personaje, antes de estrenarse	63
Prólogo, también	64
Prólogo metafísico	66
El hombre que fingía vivir	71
Guía a los Prólogos (prólogo indicador)	75
A las puertas de la novela	77
Entrada en prólogo de Federico	80
Al lector de vidriera	83
Dos personajes desechados	85
Prólogo primero de la novela... ..	89
A los no peritos en Metafísica	91
Descripción de la Eterna	93
El fantasma esencial del Mundo	94
Prólogo de indecisión	96
Otro prólogo	97
Ésta es la novela que principió... ..	99
Novela de las cosas clausuradas... ..	102

Eterna y Dulce-Persona	103
Prólogo del personaje prestado	104
Al autor (de la novela) ¿no le sucede nada?	105
Prólogo de desesperanza de autor	106
Quizágenio se lamenta de su nombre	107
A los personajes de mi novela	108
Prólogo al que se debe lectura.....	109
Qué queréis: debo seguir prólogos	110
Lo que me sucede	111
Prólogo que se siente novela	113
Prólogo de la pavita y el roperito	116
Carta genial.....	117
¿Basta con "ir antes" para ser prólogo?	120
El prólogo modelo	122
¿Prólogo cuádruple?	124
El Presidente y la Muerte	127
Al Lector saltado	129
Imprecación para el lector seguido	130
Prólogo que entre prólogos se empina.....	131
1º Nota de posprólogo.....	132
ÉSTOS ¿FUERON PRÓLOGOS? Y ÉSTA ¿SERÁ NOVELA?	135
DESPIERTA. COMIENZA EL TIEMPO DE LA NOVELA. MUE- VESE	137
Capítulo I	139
Capítulo II	149
Capítulo III	157
Capítulo IV	171
Capítulo V	173
Capítulo VI	183
Capítulo VII	185
Capítulo VIII	195
Capítulo IX	199
Capítulo X	206
Capítulo XI	210
Capítulo XII	215
Capítulo XIII	219
Capítulo XIV	229
Capítulo XV	233
Capítulo XVI	245
Capítulo XVII	249
Capítulo XVIII	255
Capítulo XIX	256
Capítulo XX	259
INTENTO DE SEDACIÓN DE UNA HERIDA QUE SE TIENE EN CUENTA	261
LA NOVELA EN ESTADOS	263
AL QUE QUIERA ESCRIBIR ESTA NOVELA	265

Este libro se terminó de imprimir en
las prensas de STILCOGRAF S. R. L., calle
General Manuel A. Rodríguez n° 2548,
Buenos Aires, el 11 de julio de 1975.